

Rayando el sol

El devoto errante de la Virgen de Guadalupe

AGUILAR Y CABRERIZO

Rayando el sol dedica únicamente su último tercio a desarrollar el argumento de la rivalidad amorosa por la coqueta Lupe entre Carlos, hijo del patrón de la finca en la que se ambienta la película, y Pedro, su hermano adoptivo. Y es que, antes que el drama ranchero que anuncia, la cinta es una digresiva colección de estampas folclóricas y devotas. En todas ellas, la progresión de la trama queda relegada ante el despliegue coreográfico y la espectacularidad de las localizaciones naturales que Gavaldón encuadra en grandes planos de conjunto con tendencia a la composición rigurosamente simétrica, lo suficientemente contrapicados como para invitarnos a evocar a Eisenstein, Gabriel Figueroa o el Indio Fernández. La canción titular, los coros campesinos, las tonadas populares como “La bamba” o “Las golondrinas” son la espina dorsal que sostienen paisajes telúricos, rompimientos de gloria y escenas pastorales.



El otro vector extemporáneo a la narración es el sacerdote encarnado por Domingo Soler, cuya relevancia queda constatada al compartir con Pedro Armendáriz y David Silva la primera cartela de los créditos de

cabecera. En cambio, María Luisa Zea, *femme fatale* rural y vértice superior del triángulo como objeto de deseo de ambos hombres, queda relegada a un cartón posterior, a la altura del secundario Carlos Villarías

que unos años atrás había encarnado en Hollywood al Drácula hispano de la Universal. El cura se encarga en todo momento de sancionar las acciones de los personajes desde la estatura moral que le confiere su

posición. Es él quien, desde el púlpito, arenga a los feligreses a aceptar su statu quo, a renunciar a cualquier aspiración de cambio social y a olvidar las ilusiones y los sueños que constituyen el aliento vital de Lupe. Nada podrán el capricho y la ambición —de la mujer, no del sacerdote, aclaramos— contra la amistad de los dos hombres que en otro tiempo se disputaron su amor.

Como las flores salpicadas por el petróleo en *Rosa Blanca* o el ramo nupcial de *Días de otoño*, hay también aquí un símbolo vegetal que es suma y cifra de toda la película: el augurio de un naranjo plantado el día de la boda cuyo fruto ha de representar la felicidad conyugal. Malogrado este, el homicida se ve abocado a expurgar su culpa recorriendo el mundo a lomos de su caballo. Sólo la intervención directa de la Virgen de Guadalupe, habitual colaboradora estelar en el cine mexicano de los cuarenta, posibilitará su redención. A fin de cuentas, nada importa la justicia de los hombres en *Rayando el sol*.

Rosauero castro

El lamento de un pueblo

QUIM CASAS

La voz narrativa en primera persona del inicio de *Rosauero Castro* no pertenece a ninguno de los personajes importantes del film. Curiosamente, esa voz es la del propio pueblo; no el colectivo humano, sino su conglomerado de calles, casas, bares, tiendas e iglesia. Es el pueblo donde transcurre toda la acción el que habla, y el que se lamenta, como si esta pequeña localidad marcada por las decisiones del cacique que da título a la película tuviera vida propia más allá de las gentes que la habitan. Esta voz tan extraña, tan abstracta, dice: “No importa que sea un pueblo de México. Soy a fin de cuentas un pueblo de la Tierra”. Gavaldón amplía miras. El pueblo sin nombre de *Rosauero Castro* representa a todos



PEDRO ARMENDARIZ en "ROSAURO CASTRO"

los pueblos del mundo que abandonan a sus pequeños ciudadanos para entregarse, como asegura la narración, a esta o aquella tiranía.

Singular y llamativo inicio, sin duda, para un melodrama trágico y tenso centrado en un personaje que cree controlarlo todo cuando en el fondo no controla nada. Poco importan las panorámicas de jinetes en las colinas con música muy hollywoodiense de Antonio Díaz Conde. Parece que estamos frente a un western tradicional, pero la película se sumerge rápidamente en esa pulsión trágica que tan bien manejaba el director. Rosauero ejerce de cacique en la dimensión más amplia de la palabra. Ha establecido un régimen del terror y asesina a Pedro Cardoza, candidato del partido independiente en las próximas elecciones a la presidencia municipal (la alcaldía). Rosauero no se presenta; ya tiene a su compadre ejerciendo de títere para él. Tergiversando a Lampedusa, desea que na-

da cambie para que todo siga igual.

En esta tragedia contemporánea, Rosauero solo posee el aprecio de su hijo pequeño, y la funesta muerte de este —el plano de la muerte del niño es sobrecogedor— precipita los acontecimientos de sangre en la penumbra de las calles mal iluminadas de la localidad. Rosauero está enemistado con los familiares de Cardoza, con el hombre con el que se enfrentó en el pasado y que ahora solo quiere estar con su madre enferma, con el individuo enviado desde la capital para investigar la muerte del político. También pierde el aprecio de su esposa, el de su madre y el de su compadre, quien deberá enfrentarse a él como si fuera una película de Sam Peckinpah sobre la amistad traicionada. El pueblo se lamenta al principio por su aciago destino y el relato le hace caso, aunque el violento itinerario se cobra tantas víctimas inocentes que es difícil imaginar lo que pasará una vez concluye la proyección.

CON LA MEJOR TECNOLOGÍA
LLEVAMOS TUS SUEÑOS A LA GRAN PANTALLA

KELONIK
ANTAVIANA FILMS
VFX & POSTPRODUCTION

Orchestrating a brighter world
NEC